



Nº 2.837 / 15 - 21 junio 2018 / 2,00€

Cartelera SANOS
Turia

institució alfons el magnànim
centre valencià d'estudis i d'investigació

Chaflán

Abelardo Muñoz

COMIDAS



AYUNOS



PAPERS ■ P ■ P ■ DE PREMSA



De Pío Baroja, Justo Serna y el editor Ciáurriz

José Manuel Rambla



El renqueante final del siglo XIX sorprendió a un joven Pío Baroja estudiando medicina en Valencia. Aunque mejor sería decir que le pilló leyendo. Y es que aquellos años de estudiante fueron para Baroja un tiempo de lectura constante, como lo serían para Andrés Hurtado, su *alter ego* literario protagonista de la novela *El árbol de la ciencia*. El escritor donostiarra pasó horas interminables devorando libros sentado en las terrazas de las distintas casas por las que pasaría durante su etapa en la capital del Turia. También en Burjassot, donde su familia se trasladó tras la muerte de su hermano Darío. Baroja leería convulsivamente de todo. Infinidad de novelas, como aquellas de Julio Verne que tanto influirían en su estilo. Pero sería también el tiempo de su encuentro con la filosofía: con Kant, con Darwin, con Schopenhauer. Con Nietzsche, de quien se empaparía de ese individualismo radical cargado de modernidad desde el que Baroja afrontó, pesimista y escéptico, los cambios políticos y sociales que traía esa misma modernidad.

El novelista aprendería así de los libros un refugio seguro frente a esa España tosca y sucia que le acompañó y asfixió toda la vida. Un país chabacano y localista al que Baroja deseaba ver algún día abierto y europeizado, sin por ello dejar de evidenciar su desencanto hacia una Europa que se encaminaba con paso firme hacia la tragedia. Frente a

todo ello, Baroja encontró cobijo en la lectura. Muchas veces como ese mal lector impaciente, que incapaz de perdonar las dilaciones del texto va dando saltos entre los párrafos persiguiendo el hilo narrativo que le devuelva el interés por el texto. Otras, alcanzada la madurez, como el buen lector que se delita en la placidez que despierta esa lectura profunda. Buen y mal lector, lo cierto es que Baroja fue toda su vida un lector impenitente. Y de este barojiano lector nos habla en su último libro otro lector no menos impenitente, Justo Serna. El historiador descubrió al vasco por consejo paterno en los lejanos tiempos adolescentes de un tardofranquismo agonizante. Leer a Cela, Delibes y Baroja fue la recomendación que recibió de un padre en el que, por aquellos años de cambios intuidos, descubrió una vocación lectora que hasta entonces había mantenido escondidos. Así nacía en él un afán de lectura al que una prolongada huelga de profesores le permitió entregarse en su primer año universitario. Será esta mirada lectora la elegida por Justo Serna para acercarnos a ese Baroja lector. Con ella reivindica la vigencia de ese individualismo vital con el que Baroja se situó frente a la sociedad y que sin duda tiene en la imagen de ese lector solitario una de sus encarnaciones más elocuentes. Pero también desde ella aboga por rescatar una tradición que cuarenta años de franquismo se encargaron de poner bajo sospecha, como ocurrió con Baroja.

Si su padre fue quien puso a Baroja en el camino de Justo Serna, el editor



Jaime Millás, Joaquín Ciáurriz y Justo Serna durante la presentación de la colección *Baroja (& yo)* (Foto: García Poveda).

navarro Joaquín Ciáurriz es el responsable de propiciar para nosotros el encuentro de estos dos lectores. Editor por azar. Hace unos años, Ciáurriz organizó en el Ateneo de Navarra una jornada de homenaje al novelista que le supo a poco. De aquella hambre barojiana nacería una editorial, Ipso, que se plantearía el reto de aproximarnos a la vida y obra del autor. También el de cuestionar algunos de los tópicos que le envuelven, como la misoginia o sus posturas anti-vascas. El resultado fue la colección *Baroja (& yo)*, una aventura editorial que Ciáurriz dirige con espíritu artesanal, encargándose desde la corrección de textos hasta la promoción, y en la que su

propio hijo asume el delicado trabajo de diseño que caracteriza cada pequeño volumen de los veinticinco que la compondrán.

El texto de Justo Serna que ahora llega a las librerías es el número once. Una simple ojeada a los autores que le han precedido nos confirma rápidamente el interés de esta propuesta barojiana. Soledad Puértolas, Luis Antonio de Villena, Ascensión Ribas, Jon Juaristi, son solo algunos de esos nombres. Eduardo Mendoza o Bernardo Atxaga serán dos de los responsables de continuarla en los próximos meses. Todo ello hace de esta colección una tentadora invitación a la lectura impenitente. Esa lectura a la que nos entregamos, como bien nos recordaba Justo Serna, sin penitencia, sin pedir perdón, disfrutando.